

## COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 38

San José, Costa Rica, C. A.

Julio, 1913



JOSÉ INGENIEROS

JOSÉ INGENIEROS, de la República Argentina, es uno de los artistas y pensadores más inquietos, estudiosos y originales de nuestra América. Ha publicado estas obras:

*La psicopatología en el arte.*

*La simulación en la lucha por la vida. (9ª edición).*

*La simulación de la locura. (7ª edición).*

*Estudios clínicos sobre la histeria. (4ª edición).*

*Patología del lenguaje musical.*

*Nueva clasificación de los delincuentes. (2ª edición).*

*Al margen de la ciencia. (4ª edición).*

*Criminología. (2ª edición).*

*Sociología argentina. (2ª edición).*

*Principios de psicología biológica.*

*El hombre mediocre.*

(Ensayo de moral idealista)

0. 38 30\_

# LA MORAL DE LOS IDEALISTAS \*

POR JOSÉ INGENIEROS

---

- I.—LAS LUCES DEL CAMINO
- II.—LOS VISIONARIOS DE LA PERFECCIÓN
- III.—LOS IDEALISTAS ROMÁNTICOS
- IV.—EL IDEALISMO EXPERIMENTAL

## I.—LAS LUCES DEL CAMINO

**C**UANDO pones la proa visionaria hacia una estrella y tiendes el ala hacia tal excelsitud inasible, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en tí el resorte misterioso de un Ideal. Es ascua sagrada, capaz de templarte para grandes acciones. Custódiala; si la dejas apagar no se reenciende jamás. Y si ella muere en tí que-

---

<sup>1</sup> Del volumen *EL HOMBRE MEDIOCRE*. Selección y envío del Autor.

Recomendamos a los jóvenes este jugoso ensayo; léanlo, reléanlo y méditenlo.—(*N. del E.*)



das inerte: fría bazofia humana. Sólo vives por esa partícula de ensueño que te sobrepone a lo real. Ella es el lis de tu blasón, el penacho de tu temperamento. Innumerables signos la revelan—: cuando se te anuda la garganta al recordar la cicuta impuesta a Sócrates, la cruz izada para Cristo o la hoguera encendida a Bruno—; cuando te abstraes en lo infinito leyendo un diálogo de Platón, un ensayo de Montaigne o un discurso de Helvecio—; cuando el corazón se te estremece pensando en la desigual fortuna de esas pasiones en que fuiste alternativamente, el Romeo de tal Julieta y el Werther de tal Carlota—; cuando tus sienas se hielan de emoción al declamar una estrofa de Musset que rima acorde con tu sentir—; y cuando, en suma, admiras la mente preclara de los genios, la sublime virtud de los santos, la magna gesta de los héroes, inclinándote con igual veneración ante los creadores de Verdad o de Belleza.

Todos no se extasían, como tú, ante un crepúsculo, no sueñan frente a una aurora o cimbran ante una tempestad; ni gustan de pasear con Dante, reir con Molière, temblar con Shakespeare, crujir con Wagner; ni enmudecen ante el David, la Cena o el

Partenón. Es de pocos esa inquietud de perseguir ávidamente alguna quimera, venerando a filósofos, artistas y pensadores que fundieron en síntesis suprema sus visiones del ser y de la eternidad, volando más allá de lo Real. Los seres de tu estirpe, cuya imaginación se puebla de ideales y cuyo sentimiento polariza hacia ellos la personalidad entera, forman raza aparte en la humanidad: son idealistas.

El Ideal es un gesto del espíritu hacia alguna perfección.

Al poeta que definiera en esos términos, podría sintentizarlo así el filósofo: los Ideales son visiones que se anticipan al perfeccionamiento de la realidad.

Sin ellos sería inexplicable la evolución humana. Los hubo y los habrá siempre. Palpitan detrás de todo esfuerzo magnífico realizado por un hombre o por un pueblo. Son faros sucesivos en la evolución de los individuos y las razas. La imaginación los enciende en continuo contraste con la experiencia, anticipándose a sus datos. Esa es la ley del devenir humano: la realidad, yerma de suyo, recibe vida y calor de los ideales, sin cuya influencia yacería inerte y los evos serían mudos. Los hechos son pun-

